

po que le convino, y por último, recorrer el camino hasta Veracruz y embarcarse allí, llevando sus documentos y todo lo que necesitaba.*

Las cartas del Emperador á que he hecho referencia, las han visto el presidente del consejo de estado y todas las personas que formaban el gabinete, al cual di siempre conocimiento de ellas, leyéndolas en su presencia. Y el padre Fischer, secretario de S. M., las descifró: apelo al testimonio de todos estos señores.

En cuanto á que el muy respetable y entendido señor Lacunza fuese encargado por mí, de escribir mi *Manifiesto*, se equivoca Arellano. Yo lo escribí, como escribo la presente refutación,** después de la muerte de aquel excelente amigo, y en ninguno de ambos documentos pretendo sincerarme, porque, como he repetido hasta el fastidio, no tengo de qué.

señora Victoria Tornel de Segura, la cual tuvo ocasión de apreciar el carácter franco, leal y recto de dicho estimable caballero; y varias veces en conversación se había tratado de que éste era esclavo de su palabra, una vez que la hubiera empeñado. La señora, indudablemente sin prever lo porvenir, decía que con el tiempo quizá pondría á prueba si era capaz de cumplir un ofrecimiento. Tal fué la base de la recomendación que Márquez llevó al señor de la Serna, procedente de la señora de Segura, apoyada, como se ve, sólo en frases de salón, sin importancia real; pero demostrativas de que efectivamente se podía contar con la rectitud y nobleza de don Jorge, y tanto, que á ellas debe Márquez su salvación.

El señor de la Serna recibió un recado de la señora Tornel, que decía: "El portador desea que Ud. le haga un favor, y yo espero que se lo haga Ud., porque me lo ha prometido." Este recado lo presentaba un individuo en traje de arriero.

Grande fué el asombro de don Jorge al enterarse de que aquel hombre era el general Leonardo Márquez; y luego, sin vacilar, corrió á la casa de su amigo el doctor Adolfo Hegewisch, donde se dispuso la ocultación del fugitivo y su salida del país, como queda explicado.

El señor de la Serna tenía su despacho en Veracruz, en el número 17 de la calle denominada hoy Avenida de la Independencia, y su domicilio en la casa número 7 de la calle de la Pastora; el doctor Hegewisch vivía en el número 2 de la misma calle.

* Arellano salió de Querétaro protegido por el jefe republicano José Montesiños, su amigo, con una carta de Escobedo para el general Porfirio Díaz, la cual personalmente puso en sus manos en Tacubaya; así, pues, Arellano fué traidor á su patria y su partido. Véase *Últimas horas del Imperio*, págs. XII y XIII.

** No desacierta Arellano al asentar que el *Manifiesto* es hechura de don José María de Lacunza. Según nosotros, que hemos tratado de cerca á Márquez y estudiado con suma curiosidad su idiosincracia, la forma, en gran parte, es ajena, mas las ideas y aun ciertas frases son propias. Esta frase, verdadero escape de cólera, al afirmarse que salió de México en 1867 protegido por los republicanos, es muy característica de Márquez:

"Respondo con mi cabeza de que nadie cree semejante disparate."

II

Generalidades *

Nada hay que decir de este capítulo que sólo contiene generalidades, que todos conocen.

III

Mi misión en Turquía**

Ha sentado por base Arellano, para acusarme de traidor, mi resentimiento con el Emperador Maximiliano, por haberme enviado á Turquía, lo cual me inspiró la idea de vengarme. Y este argumento, que como he dicho es la base de su acusación, lo destruye el mismo acusador con estas palabras que sienta en el tercer capítulo de su folleto.

Hablando del ministro de la guerra don Juan Peza, dice: "Parapetado con su categoría, se empeñó en satisfacer sus pasiones, y sobre todo en ejercer venganzas personales y mezquinas. Una de las primeras medidas tomadas *por este ministro* fué enviar al exterior, con pretextos ridículos de comisiones que debían desempeñar, á los generales Miramón y Márquez."

Ahora bien, pues, si Peza fué quien me envió, ¿qué motivo tenía yo para estar resentido con el Emperador?

Mas, ni aun siendo la providencia emanada directamente de S. M., habría yo tenido nunca resentimiento, deseo de venganza y mucho menos hubiera yo podido llevar esa pasión innoble hasta el grado de perder, no sólo al Emperador, sino á mi patria y á mí mismo; lo cual habría sido un crimen tan horrible, que hubiera preferido que Dios me quitara la vida, antes que cometerlo.

* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—La traición del general Márquez fué una venganza premeditada.—Influjo de este general durante la Intervención francesa.—Importancia de su triunfo en Morelia.

Por este resumen se verá que no son generalidades las aseveraciones que hace Arellano.

Para darse cuenta mejor del capítulo, véase *Últimas horas del Imperio*, de la pág. 6 á la 10.

** Resumen del capítulo del libro de Arellano:

Primer error político de Maximiliano.—El Ministerio se ocupa en satisfacer venganzas.—Se encarga al general Márquez una misión en el exterior.

Hagamos aquí algunas reflexiones sobre este punto, que siendo la base de la acusación de Arellano, es la que principalmente debe destruirse hasta sus cimientos, puesto que una vez despedazados éstos, viene abajo la calumnia que ha inventado contra mí.

Todo el sistema de las inculpaciones de mi detractor se funda en un acerbo deseo de venganza, que supone me devoraba. El motivo de obrar, cuando á uno se le hace cargo por sus actos, debe ser tal que haya verosimilitud de que pudo producirlos, como vemos en las tragedias y en los dramas, en que, para darla á los hechos del protagonista, se le hace obrar bajo la influencia de una terrible pasión, como el amor, la ambición, la codicia, el odio hereditario. La venganza sólo puede tener lugar cuando el que la busca ha sufrido una injuria atroz, de aquellas que hacen perder á un hombre el juicio: como el asesinato de su padre, el insulto á su esposa, el rapto de su prometida; entonces se explica por qué el hombre está sediento de venganza, forma planes para ejecutarla, y con el transcurso del tiempo se siente más y más excitado. De otra manera, las imputaciones son inverosímiles, puesto que se hace indispensable suponer que el protagonista era singularmente extravagante, para que un hecho común y que no es esencialmente ofensivo, le irritase al grado de confundirlo con las injurias atroces.

Aplicando al caso de que se trata estas observaciones generales, se ve que la primera necesidad de mi detractor, era demostrar la existencia de la atrozísima injuria, que me obligaba á meditar por años enteros, buscando un proyecto que me asegurara la venganza. ¿Cómo ha llenado esta necesidad? Suponiendo que la muy honrosa comisión que me llevó á Constantinopla, fué recibida por mí, como si el Emperador me hubiese hecho la ofensa más grave al frente del ejército.

Era preciso estar loco para considerar de esta manera una medida que, aun cuando hubiese podido contrariar mis deseos (lo cual no sucedió, sino que fué todo lo contrario, como explicaré luego), no habría pasado de una de tantas contrariedades que experimentamos en la vida. Fenómeno y muy raro sería que en mí hubiera hecho la impresión que Arellano supone: la existencia de los fenómenos raros no se presume, ni aun se cree, si no hay pruebas evidentes: ninguna da ni puede dar el que tiene la necia pretensión de adivinar mis pensa-

mientos, que sólo Dios ha podido conocer: así es que el motivo de la supuesta venganza resulta ser enteramente inverosímil.

En jurisprudencia, para indagar el autor de un delito, sirve de guía esta máxima: *Is fecit crimen cui prodest*. Se tiene por autor del delito al que de él esperaba sacar provecho. ¿Cuál sería el que á mí me resultara de la traición que se me imputa? Había yo llegado al supremo grado militar y político, porque en el ejército tenía la misma graduación que el Emperador, y tuve además la delegación del ejercicio de la soberanía: faltándole al que tanto me había elevado, no sólo quedaba yo inútil para conservar mi brillantísima posición, sino que me inhabilitaba completamente. Y si el Imperio se perdía, me perdía con él; por todo lo cual nadie estaba más interesado que yo en su conservación, puesto que nadie se encontraba, ni podía estar después en mejor posición.

Por mucho que me excitara la pasión de la imaginaria venganza, no podía sacrificar á ella el fruto del trabajo de toda mi vida.

Otra de las máximas en jurisprudencia es esta: *Nemo repente fit malus*. Ninguno de improviso se hace malo, por consiguiente cuando se acusa á alguno de un gran crimen, se hace indispensable mostrar la escala que á él le condujo. El que hoy es terrible salteador, empezó por ser ratero, siguió como auxiliar de los que acometían á los transeuntes, sirviendo á los principales de espía, en lo que había poco peligro; después tomó parte en alguna agresión, ofendió con su arma á los agredidos; y por fin, ya habituado á las depredaciones y á derramar sangre inocente, se hizo jefe de una banda que aterroriza por su rigor y por sus crueldades.

Se me ha visto en circunstancias en que realmente recibí graves y notorias injurias, y no se ha visto jamás que pensara vengarlas.

¿Cómo tan repentinamente pudo cambiarse mi corazón hasta el grado que del dulce y amable Maximiliano no pudiera soportar un desvío, en caso de que lo hubiera habido, cuando siempre he visto con la mayor indiferencia aun á los que me han puesto en situación de perder la vida?

Toda la república vió que después de los servicios que presté á la causa que se llamó reaccionaria, el presidente Miramón, sin razón y sin justicia me atropelló y me tuvo encerrado nueve meses en una estrecha prisión: me sacó de ella para nombrarme su segundo, colocándome en un puesto que á un carácter vengativo proporciona la

ocasión de acabar con el perseguidor: en mí no se advirtió ni siquiera flojedad en el servicio, lo que probaba que ni memoria tenía de la injuria.*

Hubo otro presidente, el general Zuloaga, que me destituyó del mando de mis tropas en Iguala, reemplazándome con quien no podía reemplazarme, y aún se dijo que había mandado que se me fusilara. Más tarde recibí orden por escrito y por triplicado para que se pasara por las armas á dicho presidente, y sin embargo no quise que se hiciera. Después bajo el Imperio, me hallé en posición de perjudicar á quien me había proscrito, y sabido es generalmente que nunca hablé en su contra ni una palabra al Emperador.

Cuando el presidente de que vengo hablando me destituyó del mando, su ministro de la guerra, el honrado general Herrera y Lozada, se negó á autorizar aquella disposición que miró como la mayor injusticia, y renunció el ministerio antes que firmar la orden. Otro general se prestó á suscribirla, y para ello entró desde luego al ministerio, cumpliendo inmediatamente su palabra, no obstante que siempre había sido amigo mío, y que la providencia era notoriamente injusta. Pocos días después salió del país el presidente á que me refiero y quedó en mala posición, y á mi disposición el general que había firmado la orden mencionada. Lo que yo hice fué darle en el acto el mando de mi infantería, tratarlo con la mayor dulzura, defenderlo de sus enemigos: hacer en su favor entonces y después todo cuanto pude, y ser hasta hoy su mejor amigo.

Había una vez en el departamento que yo mandaba un coronel casi relegado al olvido: lo llamé á mi lado, le llené de consideraciones, le encargué el mando de aquella demarcación cuando tuve necesidad de ausentarme de ella temporalmente en asuntos del servicio y á mi regreso puse en sus manos públicamente y con palabras muy satisfactorias la banda de general. Este compañero correspondía á mi amistad escribiendo secretamente al gobierno contra mí. Me lo dijo después el presidente, y lejos de darme por entendido, he sido y soy el mejor amigo de ese compañero. De estos hechos pudiera citar todavía muchos; pero basta lo expuesto para probar que no soy vengativo.

Arellano, pues, contra toda verosimilitud, sin probar siquiera que

* Véase en el apéndice, *Querrela de Miramón contra Márquez*.

yo hubiera recibido como un desaire mi misión diplomática, pretende que como uno de aquellos monstruos de rencor, que nos pintan las leyendas italianas de la edad media, estuve meditando años enteros planes sobre planes, para llevar al cadalso á un hombre que me había llenado de beneficios y de honores, á un príncipe que, aun cuando hubiera sido un particular, por su afable cortesía, por su due trato le cautivaba á cuantos tenían la fortuna de hablarle, y que habiéndose captado la simpatía general, hacía odioso al que le causara la muerte, aun cuando fuera con el pretexto de hacer justicia.

Para demostrar que la orden que se me dió para ir á Turquía, no podía dejar en mí ni la menor impresión de desagrado, inserto en seguida algunas palabras de esa comunicación:

“De siglos atrás las naciones católicas han constituido el deber de mandar un alto funcionario que las represente, & . . .

“Para que se realice el noble propósito de S. M., es indispensable obtener previamente del Gran Sultán el permiso necesario. . . . y quiere que la persona que desempeñe esta misión, sea tan distinguida y notable, como es importante y meritorio el objeto de ella, pues así lo han practicado muchas naciones y entre otras la Francia, que invistió con sus poderes para este fin á Mr. Lavalette, una de sus ilustraciones. . . .

“Al hacer este nombramiento ha tenido presente S. M. que, aunque V. E. desempeña actualmente el mando de una división, el estado de la campaña no requiere ya grandes operaciones, sino más bien constancia en recorrer algunos rumbos y vigilar ciertos puntos, lo cual debe hacerse por pequeñas secciones.

“Y por último, *que quedan perfectamente conciliados los intereses públicos con los personales de V. E.*

“En consecuencia, luego que reciba V. E. esta comunicación, se servirá entregar el mando de la división *que tan gloriosa y dignamente ha dirigido.*”

Y para que se vea el agrado con que recibí la anterior comunicación y lo contento y agradecido que quedé con la honrosa misión que se me confiaba, he aquí algunas palabras de mi contestación dada inmediatamente:

“Como ese honor pertenece á personas cuya ilustración y talento les han granjeado un nombre entre las notabilidades de saber, que indudablemente se encuentran entre mis compatriotas, sólo me es da-

do corresponder con la fe que abrigo para trabajar por el bien de mi patria y su prosperidad, y por el brillo y engrandecimiento del trono de S. M. Me es forzoso, por tanto, á fin de llenar los deberes de tan honrosa misión, no perdonar medio alguno para interpretar lo más exactamente posible cerca del Gran Sultán el magnífico pensamiento de nuestro ilustre Soberano."

Por otra parte conviene saber que mucho tiempo antes de que se me diera la orden para marchar á Constantinopla, yo había escrito de Colima al Emperador pidiéndole licencia para ir á Europa, con objeto de curarme de mi herida, que se conservaba abierta; y había yo escrito á la vez á los amigos que tenía en el gobierno para que apoyaran mi solicitud. Esas cartas no fueron entregadas, porque la persona que las recibió en México, no lo consideró conveniente.

Para probar esta verdad, inserto á continuación la respuesta que me dió mi secretario de aquella época, á la pregunta que le hice sobre este asunto. Dice así:

México, Julio 29 de 1869.

Excmo. señor.— En contestación á la nota de V. E., fecha 5 del corriente, en que se sirve preguntarme si es cierto que cuando terminó la campaña del Sur de Jalisco, en Noviembre de 64, V. E. pidió al Emperador licencia para pasar á Europa á curarse de su herida, y escribió á los Excmos. Sres. Ministros Ramírez, Robles y Peza, para que apoyaran dicha petición, tengo la honra de manifestarle que no me cabe duda de que así fué, lo cual me consta porque yo mismo escribí esos documentos, que según supe después reservó la persona que debía entregarlos.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Agustín Piquero.

Así es que, cuando recibí la orden de que vengo hablando, sentí un gran placer al ver satisfechos mis deseos más allá de lo que yo pretendía, puesto que no sólo podía atender á mi curación en Europa, como se me prevenía en la misma orden, sino que además se me daba un carácter distinguido, encargándome de una misión diplomática en Oriente, que siempre me honraría por la manera con que la desempeñara y por el cuidado que tendría de dejar bien puesto el honor de México en todas partes y en todas ocasiones, enarbolando

el hermoso pabellón de mi patria en países lejanos donde aun no era conocido. Y para que la misión que se me confiaba llenase más completamente mis deseos, se me previno en la misma orden de marcha, que en el momento en que estuviese cumplida dicha misión, regresase á México sin esperar orden para ello.

Siento tener la necesidad de ser difuso; pero necesito probar que no sólo no existió jamás el menor motivo para que yo me resintiese con el Soberano, sino que por el contrario, siempre me dió S. M. pruebas de la mayor distinción, confianza y aprecio, que aumentándose todos los días, hasta el grado de delegar en mí toda su autoridad, nombrándome una vez su lugarteniente, con facultades omnímodas, y dos ocasiones, por medio de decretos soberanos regente del Imperio y general en jefe de todo el ejercito del país, excitaron la envidia de almas pequeñas, que todavía hoy, dominadas por la ira y por el despecho, me hacen una guerra encarnizada, calumniándome y desprestigiándome, que es el único recurso que les queda.

Sabe bien Arellano que el mismo día en que el Emperador Maximiliano aceptó en Miramar la corona de México, me concedió y remitió á Morelia la Gran Cruz de Guadalupe.

También sabe Arellano que luego que S. M. llegó á México, me mandó llamar para conocerme.

Testigo es Arellano de que cuanto pedí al Emperador para las tropas que yo mandaba, me fué siempre concedido.

Pero lo que no sabe mi calumniador es hasta qué grado llegaba el cariño con que me distinguía el Soberano y como ese afecto se revela por la correspondencia oficial y privada, voy á insertar á continuación algunos documentos que prueban lo que digo.

En 18 de diciembre de 1865 me dijo S. M., entre otras cosas:

"He leído con gusto su apreciable carta fechada en Constantinopla el 1º del último Noviembre, y al darle á V. las gracias por ella, lo felicito á la vez por el fino tacto que despliega, y el cual demuestra de la manera más evidente que un buen militar es apto para todo, pues lo prueba así el ser V. ahora el diplomático más activo que tengo. ¡Ojalá que todos sus compañeros siguieran su ejemplo!...."

En 6 de enero de 1866:—"Recibimos con el más vivo interés vuestra carta fechada el 15 de Noviembre en Constantinopla, en la que nos comunicáis vuestro próximo viaje á Alejandría y á Jerusalem.

"Vemos con satisfacción que vuestra actividad no desmaya, y que nin-

guna fatiga os arredra, tratándose de servir á vuestro Soberano y á vuestra Patria....."

En 31 de enero del mismo año:—"Con sumo gusto y verdadero consuelo he recibido por el último paquete, sus tres *tan interesantes* cartas, fechadas una en Alejandría y dos en Jerusalem, cuyo lugar V. sabe tiene todas mis simpatías.

"He leído con interés y ternura cada palabra de esas cartas que me han recordado vivamente esos Santos lugares, en los cuales pasé días tan felices, y de inolvidable memoria. V. me ha causado con ellas personalmente un gusto que difícilmente puedo explicarle y también á la vez, el Soberano se regocija de ver con qué tacto y con qué completa dignidad V. representa en todas circunstancias Nuestra Nación.

"V. no cumplió solamente de una manera perfecta mis instrucciones, sino que les ha dado una expresión que ha hecho una grande y merecida impresión en la Ciudad del Redentor."

En 28 de febrero del mismo año, en el alcázar de Chapultepec:—"Mi querido General: A última hora escribo á V. estos pocos renglones para decirle *con sumo gusto* que la digna Señora su Madre, que estuvo gravemente enferma de una pulmonía, á consecuencia de la mala y tan fría estación, está desde ayer fuera de peligro, lo que *me apresuro á decirle*, conociendo el justo cariño que tiene por su *excelente Madre*.—*Me regocijo con V. por esto*, y soy su afectísimo.—*Maximiliano.*"

Todas las personas que me conocen saben bien que el amor filial que tengo el gusto de profesar á la señora mi respetable y venerada madre, es tan grande, que si yo tuviera cien vidas, las daría gustoso por conservar la suya, que es el tesoro más precioso que me ha concedido la Divinidad, á quien miro representada en la señora mi adorada madre. Así es que, si los favores todos que el Emperador se dignó concederme, eran más que suficientes para cautivar mi gratitud, hasta el grado de mirar como la mayor felicidad el sacrificarme por S. M., considérese hasta qué punto se elevaría mi agradecimiento al Soberano, que mirando con el mayor cariño á mi idolatrada madre, llevaba su delicadeza hasta enviar diariamente á mi casa uno de sus ayudantes de campo, que la visitara y le prodigara consuelos con las palabras más cariñosas, haciéndole toda clase de ofrecimientos en nombre de S. M., é informándose del estado de su salud para apresurarse el Emperador á noticiármelo con las palabras más consola-

doras, á fin de tranquilizarme, como se ve por la carta que acabo de insertar.

Se ha visto que S. M. se empeñó en prodigarme todo género de atenciones, distinguiéndome en su cariño y dándome todos los días nuevas muestras de su bondad y nuevos motivos para mi reconocimiento; pero aun cuando así no hubiese sido, y aun cuando se hubiera verificado todo lo contrario respecto de mí, habría bastado que el Soberano hubiese dirigido una sola mirada de cariño á mi venerada madre, para que, olvidando completamente cuantos agravios hubiese yo recibido, me postrara y besara la mano de quien quería y respetaba á mi madre, y daría mi vida gozoso por quien así se condujera, como lo haré siempre con todo el que respete y quiera á tan virtuosa señora, que después de Dios es para mí lo más respetado y lo más querido.*

Estos sentimientos no puede comprenderlos Arellano: almas como la suya no sienten así, y por lo mismo no conocen estas dulces emociones.

Por eso se ve que mi detractor descubriendo una vulgaridad y una pequeñez de ideas que no son disculpables ni en el hombre más rudo ó más perverso, supone, ó más bien, finge suponer, que porque el gobierno de mi país me honró con una misión en el extranjero, yo me resentí hasta el grado de ejecutar una venganza, que no tendría perdón, si fuera cierta, y es porque Arellano relegado al olvido, á la obscuridad y al desprecio en que vivió, luego que le faltó mi apoyo en el Imperio, no podía tener conocimiento de las relaciones íntimas que existían entre el Emperador y yo, y de los lazos que me unían al Soberano y que S. M. estrechaba diariamente con sus bondades. De modo que, al calumniarme Arellano, hablando con toda la ligereza y mala fe que le es característica, no ha hecho mas que ponerse en evidencia, puesto que las cartas soberanas que aquí inserto, y

* Márquez veía en la que le dió el ser á un Dios. Cuando salía á campaña, pedía su bendición, la cual recibía con reverencia suma, de hinojos, cruzado de brazos é inclinada la cabeza.

"Dios mío,—decía en voz alta la señora—no dejes de la mano á mi hijo, cuidámelo en su camino, míramelo en sus pasos difíciles y devuélvemelo con vida, porque tú sabes que es el sostén único de mi vejez."

En tanto que estas palabras eran pronunciadas por la venerada anciana, que era toda virtud, el sanguinario soldado lloraba á lágrima viva.

Recibida la bendición, Márquez poníase de pie y estrechaba en sus brazos á la autora de sus días.

Entonces creíase ya invulnerable é iba á la guerra con bravura de fiera.

otras muchas que tengo en mi poder, forman el contraste más completo con el folleto en que se me difama, dan al calumniador el más solemne mentís y muestran al Emperador llenándose de elogios sin cesar y dándome las gracias á cada paso por mi probada lealtad, por mis constantes servicios y por mi adhesión sin límites á su augusta persona; mientras que un detractor de oficio se atreve á hincar su ponzoñoso diente en una reputación que brilla como el sol.

Lejos de estar yo resentido porque se me hubiera enviado al exterior, estaba tan contento en Constantinopla, y tan ajeno de abrigar alguna intención dañada, que en vez de pretender el volver á México, yo mismo le proponía al Emperador negocios que prolongaran mi permanencia en Oriente. He aquí la carta que dirigí á S. M. en 28 de abril de 1866.

"Señor:—Hoy comunico Oficialmente al Ministro de Negocios Extranjeros, lo relativo á un tratado con Persia, emitiendo mi humilde opinión, emanada del mejor deseo, porque este hecho es una prueba más de la plena confianza que todo el mundo tiene en V. M. La misma persona que celebre el de Grecia, puede concluir el de Persia, pues ambas negociaciones han de ejecutarse en Constantinopla con los Ministros de dichos países. Si así fuere del agrado de V. M., mucho le agradeceré tenga la bondad de acceder á ello. Señor, etc."

El Soberano se dignó contestarme en 16 de junio del mismo año, lo que sigue:

"Estoy enteramente de acuerdo en que la misma persona que celebre el tratado con Grecia, lo haga con Persia, teniendo que hacerse ambas negociaciones en Constantinopla con los ministros de dichos países; á este fin irá investida de todos los poderes é instrucciones necesarias."

Aquí se ve la intención que el Emperador tenía ya de llamarme á México; así como mi carta anterior, que dió motivo á esta contestación, muestra que yo no pensaba en volver todavía.

Acostumbrado á obedecer como militar, y deseoso de cumplir la voluntad de mi Soberano, no obstante que podía yo regresar á mi patria conforme á las instrucciones que tenía, luego que terminase mi misión, escribí al Emperador el 9 de mayo de 1866 lo que sigue:

"Por el Paquete anterior tuve la honra de hablar á V. M. de un tratado con la Persia, que puede celebrar aquí la persona que conclu-

ya el de Grecia. Mucho agradeceré á V. M. que se digne acceder á ello, porque se espera con ansiedad su Soberana resolución.

"Como en las instrucciones que recibí al venir á Turquía, se me previno que "tan pronto como mi misión quedase concluída, regresase al Imperio sin necesidad de orden ó licencia previa;" y como ella lo queda al cangear las ratificaciones del tratado que hoy remito, es claro que inmediatamente que lo verifique, debo marchar á México en cumplimiento de mi deber.

"Pero ignorando si V. M. tiene algo que ordenarme, y deseoso de no dar un solo paso que no sea conforme enteramente con su voluntad, hoy consulto este punto al Ministerio."

Con fecha 5 de julio S. M. me dijo en una carta muy expresiva, de la que sólo copio tres párrafos, lo siguiente:

"Mi querido General Márquez:—He recibido sus dos apreciables cartas de 9 y 16 de Mayo, y le doy las gracias viendo como siempre expresados sus finos sentimientos, y revelándose su celo y grande actividad el trabajo concluído ya, que le fué encomendado, y que es el primero que la nueva diplomacia mexicana ha concluído; voy, pues, á estudiar este trabajo en unión del Ministro de negocios Extranjeros."

"En mi carta anterior digo á V., que siendo mi voluntad que se haga el tratado con la Persia, el que puede celebrar la persona misma que haga el de Grecia, he hablado con Castillo de este asunto y hoy vuelvo á tratar de él, para que se arregle cuanto antes.

.....
 "Por el Ministerio recibirá V. las órdenes para que se retire, habiendo terminado felizmente su misión; espero, pues, verlo pronto en nuestra querida patria."

Y con fecha 19 del mismo julio me dijo S. M.:

.....
 "V. habrá ya recibido por conducto del Ministerio de Negocios Extranjeros la invitación de venir cuanto antes acá, pues necesitamos ahora, después de haber mostrado de una manera tan brillante sus talentos diplomáticos, de sus talentos militares.

Si yo hubiera recibido con desagrado la misión que se me dió para Turquía, la habría desempeñado de mala gana, como un hombre que se hallaba ofendido; pero prueban lo contrario todas las cartas del Emperador y todas las comunicaciones del ministerio de negocios extranjeros, en que se aprobó todo cuanto hice, se me dieron las gra-

cias á cada paso y se me prodigaron elogios. Y prueba igualmente mi leal comportamiento en el desempeño de aquella misión, el Gran Cordón de la Orden Imperial Turca del Medjidié con que me condecoró el Sultán al retirarme de su corte, expresándose en mi diploma "que lo hace el Gobierno de la Sublime Puerta para probarme todo el contento y satisfacción que ha tenido por las cualidades y recomendable aptitud, capacidad incontestable, y la lealtad inalterable de que di pruebas, así como por el celo y ardor que desplegué para facilitar la aplicación de los tratados concluidos entre la Sublime Puerta y el Imperio Mexicano. Así como lo prueba también, la Gran Cruz del Santo Sepulcro, que por las mismas razones me concedió el Patriarca de Jerusalem, cuando me retiré de la Ciudad Santa, después de haber concluido mi misión. Y por último, la Gran Cruz de la Aguila Mexicana que el Emperador se dignó concederme á mi regreso de Oriente, en premio de mis servicios diplomáticos.*

* A título de curiosidad publicamos en seguida el relato que hizo el *Diario del Imperio*, en julio 19 de 1865, de la recepción de Márquez por el Gran Sultán:

RECEPCIÓN DEL EXCMO. SR. GENERAL MÁRQUEZ POR EL GRAN SULTÁN.

El Excmo. Sr. D. Leonardo Márquez, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. en la Sublime Puerta, presentó sus credenciales, el 24 de Mayo último, á S. M. el Gran Sultán, en su Palacio Imperial de Beyler Beyi, poniendo, además, en sus manos el gran cordón del Aguila Mexicana.

Este ceremonial se verificó con toda la grandeza, pompa y magnificencia que caracterizan á la Corte Oriental.

S. M. el Gran Sultán envió á su introductor de Embajadores, vestido de gala, y en una barca lujosamente dispuesta para conducir á nuestro Ministro á Palacio, donde encontró formadas las guardias que le hicieron los honores debidos á su clase, habiendo salido á recibirle á la puerta principal los Chambelanes y demás personas de la Corte, quienes le introdujeron al salón en que se hallaban SS. AA. el Gran Visir Aaly Pachá, Ministro de Negocios Extranjeros, y S. E. Ariti Bey, primer intérprete de la Sublime Puerta, los que le tributaron toda clase de atenciones y obsequios. De allí, el General Márquez, acompañado de su Secretario y su ayudante, fué conducido por SS. AA. á la presencia del Gran Sultán, que le esperaba de pie en el salón del trono; y presentando las credenciales en una cartera de terciopelo blanco bordada de oro, y el Gran Collar en una magnífica caja, pronunció el discurso siguiente:

"Señor:

"Tengo el honor de poner en manos de V. M. I. mis credenciales, en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. el Emperador de México cerca de Vuestra Augusta persona.

"Mi Soberano, por su gran bondad, se ha dignado encargarme de una misión tan elevada como importante, que espero llenar felizmente, porque estoy lleno de confianza en la alta sabiduría de V. M., la justicia que marca todos sus actos y los lazos de verdadera amistad que lo unen con el ilustre Soberano que me envía.

"El Emperador Maximiliano, tan pronto como ocupó el trono de México, se apresuró á dar conocimiento á V. M. I. de este grande acontecimiento; y ahora, deseando dar un testimonio del placer con que mi Soberano ha visto comenzar las relaciones entre los dos Imperios, me ha encargado de poner en manos de V.

Luego que al entrar de nuevo en mi país, llegué á Orizaba, donde estaba el Emperador; S. M. me ordenó que permaneciese á su lado; se verificaron después las juntas del ministerio y del consejo de estado, que el Soberano llamó á dicha ciudad, y cuando emprendimos todos la marcha para México, S. M. me honró nombrándome, en unión del señor Lares, para una comisión muy importante en dicha capital.

Ya estaba yo en aquella ciudad, cuando la señora mi madre fué de nuevo atacada de una grave enfermedad, y en el acto que S. M. lo supo en Puebla, me envió á México el siguiente telegrama, á las doce del día 27 de diciembre de 1866:

"El Emperador al General Márquez:—En este momento he sabido con sumo sentimiento la grave enfermedad de la señora su Mamá: tenga V. la bondad de darme noticias telegráficas del estado de su salud."

¿Era posible tener animosidad contra un Sobeano que se conducía de esta manera, cautivando las simpatías, el respeto y la gratitud de cuantas personas tenían la fortuna de tratar á S. M., que tocaba siempre de la manera más dulce las fibras más delicadas del corazón y, halagaba con el tacto más fino los sentimientos más tiernos del alma?

Llegó S. M. á México y me honró con la siguiente orden soberana:

M. I., como tengo el honor de hacerlo, el gran cordón del Aguila Mexicana, cuya Orden, altamente distinguida, acaba de crear.

"Sólo me resta asegurar á V. M. I., que al llenar mi misión haré todo lo posible por obtener Su agrado, y que me tendré por feliz si V. M. me juzga digno de un honor tan grande."

A todo esto, S. M. el Gran Sultán se dignó contestar después de haber recibido aquellos objetos en propia mano, como una prueba de particular distinción, que desde que nuestro augusto Soberano ocupó el trono, Su Majestad el Sultán no ha dejado de recibir muestras de benevolencia y buena amistad, agregando á ellas el presente, que acababa de recibir, y que conservaría como un precioso recuerdo, dando á tan grande Emperador las más rendidas gracias: que deseaba toda clase de bienes á S. M. I. y á esta nación tan grande y llena de riquezas; y finalmente, que está muy complacido de las buenas relaciones amistosas que existen entre los dos Imperios, y que desea se conserven siempre en la mejor armonía como dos pueblos hermanos, en la gran familia del mundo.

Terminado el acto, el señor Márquez salió acompañado por el mismo séquito con que había entrado, y recibiendo nuevos obsequios, hasta que se embarcó para regresar á su casa.

El día 6 del próximo pasado Junio, también fué recibido en el Palacio Hebéc, de S. A. el Gran Visir, á quien hizo entrega en mano propia de la Gran Cruz del Aguila Mexicana, que nuestro Augusto Soberano se dignó concederle.

Entre el enviado de S. M. y el Gran Visir mediaron las palabras más cordiales; y al recibir aquel presente, expresó su más profunda gratitud por tan señalada muestra de distinción, añadiendo que lo conservaría como prueba de la unión que existe entre ambos países, asegurando al Emperador, que está dispuesto á hacer en su esfera cuanto sea posible por estrechar estas buenas relaciones, y deseando toda prosperidad y engrandecimiento para México y su ilustre monarca.

"Mi querido General Márquez:—Deseamos ahora asistáis á los Consejos de ministros que Nos presidamos, como también á los demás á que juzgue conveniente nuestro Presidente del Consejo de Ministros llamaros.—Recibid las seguridades de la benevolencia de vuestro afectísimo.—*Maximiliano*.—Palacio de México, Enero 16 de 1867."

Y después el Emperador se dignó enviarme la siguiente carta:

"Mi querido General Márquez:—Desde el lunes próximo tendré cada semana dos ó tres veces, á las 10 de la mañana y bajo mi presidencia, un Consejo Militar, al cual V. deberá asistir, trayendo siempre consigo todos los asuntos relativos á hechos de armas, movimientos de tropas, informes militares, dislocación de cuerpos de ejército, y en fin, todas las cuestiones pendientes de importancia relativas al ramo militar que serán resueltas en este consejo. V. recibirá con la debida oportunidad el aviso de los días en que deba reunirse.—Su afectísimo.—*Maximiliano*.—Palacio de México, Febrero 2 de 1867."

He insertado las dos órdenes soberanas que anteceden para probar la buena inteligencia que existía entre S. M. y yo, y la ciega confianza que el Soberano tenía de mí, por la seguridad en que estaba de mi lealtad y buena fe.

Con todo lo que dejo expuesto, queda más que sobradamente probado que, como tanto he repetido, no sólo no existió jamás ni el menor motivo de resentimiento de mi parte respecto de mi Soberano, sino que antes bien, sus bondades me unían tan estrechamente á S. M., que habría dado con gusto mi vida en su defensa. Y he demostrado también que mi posición en el Imperio era tan brillante y mi porvenir tan seductor, que aun cuando yo hubiese estado destituido de todo sentimiento noble, habría bastado mi propia conveniencia para trabajar más que cualquiera otro, empeñándome con toda la fuerza de mi voluntad, y haciendo cuantos esfuerzos estuvieran á mi alcance por conservar en su trono al Emperador, que aseguraba mi posición presente y mi felicidad futura.

Queda destruida así la base de la acusación de mi calumniador, y por lo mismo, debería yo concluir aquí, puesto que no habiendo existido en mí, idea alguna de venganza, no pudieron adolecer mis actos de la mala fe y la dañada intención que les atribuye mi detractor. Pero para ponerlo más en evidencia, y para probar al mundo más claramente, que lo que ha escrito Arellano contra mí, no es mas que una

charla, con la cual ha querido explotar á los que le compren su libro, engañándolos con una novela compuesta á propósito para llamar la atención y excitar los odios con mentidas palabras, voy á seguir, aunque á grandes trazos, el hilo del folleto que refuto, y se verá que todo lo que diga, corrobora lo que dejo manifestado, y robustece la verdad cada vez más y más.

IV

Zonas de operaciones militares *

Arellano, como de costumbre, habla en su capítulo IV, con la ligereza que le es propia, y con la ignorancia que es natural en quien estuvo siempre tan lejos del trono.

Dice: "que á consecuencia de la distinta posición que guardábamos cerca del Soberano, Miramón y yo, este General fué designado para mandar los departamentos del interior, de Jalisco á Sonora, y yo los del Centro y el Oriente."

Esto no es cierto: el Emperador nos dejó en libertad á Miramón y á mí para que, contando al general Mejía por compañero, dividiésemos el territorio del Imperio en tres fracciones, para cuidar cada uno de la que eligiéramos, repartiéndonos las tropas mexicanas que existían entonces para formar sobre la parte de ellas, que á cada uno nos tocara, un cuerpo de ejército suficiente para cubrir la demarcación de cada uno de nosotros. Así es que con el plano sobre la mesa hice que Miramón eligiese su territorio y nombrase las tropas que quería mandar. De acuerdo los dos, señalamos al general Mejía lo más conveniente; y yo me encargué de lo que quedaba. De suerte que no es que á Miramón le dieran los departamentos de Jalisco á Sonora, sino que dicho general los eligió porque conocía bien la importancia de aquella parte del país y quería tener á Guadalajara por centro de sus operaciones.

* Resumen del capítulo del libro de Arellano: Decadencia del Imperio —Miramón y Márquez vuelven á su patria.—Situación é influjo de los dos generales.